EL TEATRO CONTEMPORÁNEO.

NO MATEIS AL ALCALDE,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

DON EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

SEGUNDA EDICION.

J. M. M.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

NO MATEIS AL ALCALDE.

NO MATEIS AL ALCALDE,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

DON EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Representado por primera vez en Madrid, en el Teatro del Príncipe, la noche del 13 de Enero de 1862.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

PERSONAJES.		ACTORES.
ELENA....................	SRA.	MUÑOZ.
DOÑA VIRTUDES............		DANSANT.
DON LIBORIO..............	SR.	FERNANDEZ (D. M.).
DON BLAS.................		IBAÑEZ.
EDUARDO..................		PASTRANA.
ENRIQUE..................		CASAÑER.

La accion en un pueblo de baños. —Época actual.

1er Apte Solís
Martín 1876.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa la sala de reunion de una casa de baños. Dos puertas á la derecha y dos á la izquierda. Puerta al foro que comunica con el exterior.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA VIRTUDES, ELENA, D. LIBORIO, D. BLAS.

LIB. Pues como iba diciendo, no me parecen pájaros de buen agüero esos jovencitos...

ELENA. Pero señor don Liborio...

LIB. Nada, nada, hija mia. Yo tengo buen ojo, y usted no puede convencerme de su inocencia. (Qué bonita es!)

ELENA. Puede usted equivocarse.

LIB. Equivocarme yo! Un alcalde no se equivoca nunca... (Cuando digo que es muy bonita...)

VIRT. Tiene razon el señor alcalde... Esos jóvenes no pueden ser buenos... Especialmente el tal don Eduardo.

BLAS. Si es precisamente el que mejor le parece á mi hija.

VIRT. Un hombre que tuvo la insolencia de decirme que yo tengo cincuenta años.

BLAS. Eso dijo?

VIRT. Como ustedes lo oyen.

LIB. Entónces es un malvado... Si yo tengo un ojo!...

VIRT. Á mí, que cumplí los treinta...

LIB. Cuando el primer cólera?

VIRT. El año pasado. (Uf, qué hombre!) Viene usted á dar una vuelta, Elenita?

ELENA. Si papá no se opone...

BLAS. Sí... Vé, hija mia... Acompaña á doña Virtudes.

VIRT. Las jóvenes no debemos ir solas... Hay tantos peligros!...

ELENA. Vamos?

VIRT. Vamos. (*Salen por el foro.*)

LIB. (*Viéndola marchar.*) (Pues señor, me gusta mucho la tal Elena.)

ESCENA II.

D. LIBORIO, D. BLAS.

BLAS. (*Viendo á D. Liborio pensativo.*) En qué piensa usted, señor don Liborio?

LIB. Hombre... quiere usted que se lo diga con franqueza?

BLAS. Para eso lo pregunto.

LIB. Es el caso que no quiero decírselo.

BLAS. Pues buen provecho...

LIB. Aunque bien pensado... oiga usted. Sabe usted que Elena es muy bonita?

BLAS. Á quién se lo cuenta?

LIB. Sí señor, muy bonita. Parece mentira que sea hija de usted.

BLAS. Don Liborio...

LIB. Esto no es agraviar á su madre. .

BLAS. Y qué tenemos con eso?

LIB. Que á mí no me parece costal de paja.

BLAS. Ya lo creo.

LIB. Y que me gusta mucho.

BLAS. Eso ya es algo

LIB. Y que la quiero.

BLAS. Eso es más que algo.

LIB. Y que me casaré con ella si logro que me corresponda y usted no se opone.

BLAS. De ningun modo. Toca, yerno.

LIB. (Estrechando la mano que D. Blas le presenta.) Toca, suegro. (Cómo le gusta tutear á un alcalde!)

BLAS. Y era eso todo lo que te tenia pensativo?

LIB. No es eso solo.

BLAS. Explícate.

LIB. Esos dos forasteros...

BLAS. Bah! Aún te acuerdas de ellos...

LIB. Su aire misterioso... su silencio... porque ellos no hablan con nadie... sus paseos extraviados... todo esto, no le parece á usted sospechoso?

BLAS. Efectivamente.

LIB. Lo que es á mí no me queda ninguna duda de que son...

BLAS. Sí es verdad: son... ¿qué son, yerno?

LIB. Son dos conspiradores.

BLAS. Conspiradores!...

LIB. Sí por cierto, y si usted no estuviera tan próximo á ser mi suegro, le mandaba prender inmediatamente.

BLAS. Á mí?

LIB. Cabal. La justicia no debe andarse en chiquitas.

BLAS. Pero prenderme á mí, seria la más injusta de las injusticias.

LIB. No tanto como parece: usted es el médico y dueño de esta casa de baños.

BLAS. Es cierto.

LIB. Los criminales están aquí albergados: luego...

BLAS. Luego qué?...

LIB. Hombre, para ser médico tiene usted la comprension bastante poco desarrollada.

BLAS. Y tú la lengua bastante larga.

LIB. Para eso soy alcalde.

BLAS. Bien, y qué quieres?...

LIB. No me tutee usted, porque voy á hablarle en nombre de la ley.

BLAS. Adelante.

LIB. Esos jóvenes deben recibir cartas que pasarán por sus manos de usted.

BLAS. Casi todos los dias.

LIB. Hoy han recibido alguna?

BLAS. Aun no ha llegado el correo.

LIB. Pues cuando llegue, si tienen alguna carta es preciso que antes de ir á sus manos venga á las mias.

BLAS. Hombre, eso es una violacion.

LIB. No importa.

BLAS. Un atropello.

LIB. Cómo se entiende? Yo soy una autoridad y las autoridades no atropellan nunca, aunque atropellen.

BLAS. Yo no dejaré de dolerme...

LIB. Le prohibo á usted que le duela nada en el término de un año. Nada, ni las muelas. Ó soy ó no soy alcalde.

BLAS. Corriente.

LIB. Conque espero que seré obedecido.

BLAS. Sí señor.

LIB. Las cartas?...

BLAS. Se las entregaré á usted puntualmente.

LIB. Y de lo otro?

BLAS. De qué otro?

LIB. De la muchacha, hombre, de la muchacha.

BLAS. Ah! ya..

LIB. Puedo declararla mi atrevido pensamiento?

BLAS. Cuando usted quiera.

LIB. Puede usted tutearme... se lo permito. Vuelvo á ser yerno.

BLAS. Pues cuando quieras.

LIB. No tardaré mucho... Voy á mi casa con el objeto de oficiar al capitan general de Zaragoza, noticiándole mis sospechas sobre esos perillanes, para que me envie tres ó cuatro regimientos y algunos caballos para prenderlos: luego me pondré el traje que me hice para casarme con mi difunta, y en un salto vengo aquí para ver á Elena y hablarla y... Ay, qué bonita es, se-

ñor don Blas... Vuelvo á decirlo. Parece mentirá que sea hija de usted. (Sale por el foro.)

ESCENA III.

D. BLAS, solo.

¡Qué contento se va el bueno de don Liborio!... Y yo no debo estarlo menos. Verdad es que la hija de un médico debia aspirar á más que á un palurdo... Pero al fin y al cabo, el alcalde es alcalde, y tiene buenas aranzadas de tierra. No es mala boda. Con tal de que Elena no se resista! Ah... pero yo venceria su resistencia... sí señor.

ESCENA IV.

D. BLAS, EDUARDO, ENRIQUE, por el foro.

EDUAR. Hola, señor don Blas. (Le da la mano.)

ENR. *Mio caro* doctor. (Idem.)

BLAS. (Este siempre hablando en extranjis.) Señores!... ¿Qué tal están ustedes?

EDUAR. Cómo hemos de estar, viviendo en su casa? Perfectamente.

ENR. (Á Eduardo.) Por la peana se adora el santo.

BLAS. Conque ya están ustedes más aliviados? Oh, si estas aguas son milagrosas.

ENR. Yo por mi parte aún no he tomado un solo baño...

EDUAR. Ni yo tampoco.

BLAS. No importa... Estas aguas son milagrosas, y mis conocimientos... Ojalá se pusieran ustedes enfermos.

EDUAR. Hombre!...

BLAS. Para tener el gusto de curarlos. (Voy á ver si indago...)

ENR. Eso es otra cosa.

BLAS. Y van ustedes á permanecer aquí mucho tiempo?

EDUAR. Hasta que se acabe la temporada.

ENR. Sí, eso, hasta el otoño.

BLAS. ¿Y cómo es que estando buenos y sanos han venido ustedes á estos baños?

ENR. Qué quiere usted, amigo mio... La moda... Hoy no es persona decente el que no necesita bañarse para curar sus dolencias.

BLAS. Comprendo.

EDUAR. Ademas, tenemos que hacer un trabajo que aquí podemos preparar mejor que en ninguna parte.

BLAS. (Este se espontanea algo más que el otro.)

EDUAR. Preparamos un plan que no puede menos de dar magníficos resultados.

BLAS. (Un plan? Si tendrá razon el alcalde!) Y podria saberse si no es indiscrecion!...

ENR. Sí, señor don Blas, es indiscrecion.

EDUAR. Hemos decidido no confiar nuestro secreto.

BLAS. Ustedes dispensen. (Ciertos son los toros.)

EDUAR. No hay de qné.

BLAS. Me marcho: tengo que ver á algunos enfermos.

ENR. *Addio.*

EDUAR. Hasta la vista!

BLAS. Hasta luego. (Les mandaré secuestrar su correspondencia.) (Sale por el foro.)

ESCENA V.

EDUARDO, ENRIQUE.

ENR. Parece imposible que tú, el más temible de los calaveras de la córte, te hayas ido á enamorar como un sándio de la hija de ese hombre.

EDUAR. Qué quieres, chico? La vida de soltero me cansa...

ENR. Podias casarte con alguna de nuestras bellas *fashionables.*

EDUAR. *Vade retro.* Las conozco demasiado.

ENR. Ah... Y te has propuesto como los matemáticos descubrir una incógnita?

EDUAR. Precisamente. Me he propuesto probar los goces, para nosotros desconocidos, de un amor puro, sencillo y candoroso.

ENR. Qué vulgar te vas volviendo!...

EDUAR. Qué quieres? Deseo amar á una mujer á quien tenga que enseñar algo, pues me hastían las que ya lo saben todo.

ENR. *Comm'il te plaira, mon cher.*

EDUAR. Sí, deseo una mujer de paz, para no volverme á acordar en mi vida de las mujeres de guerra.

ENR. Corriente. Pero mientras no está aquí ella ¿no te pareceria mejor que entrásemos en nuestro cuarto á trabajar un poco?

EDUAR. Como quieras. (Entran por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VI.

ELENA y DOÑA VIRTUDES, entran por el foro.

VIRT. ¿Conque dice usted, Elena, que ese grosero de don Eduardo la ama?

ELENA. Así me lo ha dicho repetidas veces.

VIRT. (Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen.) Pues por mi parte no envidio á usted la prevenda, porque el tal jovencito...

ELENA. Qué quiere usted decir!

VIRT. Decirme que tengo cincuenta años!... ¡Habrá insolente!

ELENA. Si él lo creia así... ¿por qué no habia de decirlo?

VIRT. Usted le defiende? Me voy... me voy... no quiero incomodarme.

ELENA. Pero... señora...

VIRT. Voy á mi cuarto á leer un trozo de *Voltaire*. (Lo pronuncia como está escrito.) Yo soy muy dada á la filosofía. (Váse por la izquierda.)

ESCENA VII.

ELENA, luego D. LIBORIO.

ELENA. Ya debe haber vuelto Eduardo de paseo... Puede que esté en su cuarto escribiendo: ni él ni su amigo dejan un momento la pluma de la mano. Voy á buscar á mi

padre. (Va á salir por el foro á tiempo que entra D. Liborio ridículamente vestido con levita, sombrero alto y un grueso baston en la mano.)

LIB. (Aquí la tengo.)

ELENA. ¡Don liborio! Já, já. ¿De dónde ha sacado usted esa levita?

LIB. De dónde ha de ser? De mi cofre.

ELENA. Puede usted embozarse en los faldones.

LIB. Me la hice así por si crecia...

ELENA. Quién, la levita?

LIB. No, yo. (Está de buen humor la niña.)

ELENA. Buena idea.

LIB. Elena, yo tengo que decir á usted una cosa. (Caramba si es buen bocado!)

ELENA. Diga usted.

LIB. Es el caso que no me atrevo.

ELENA. Es cosa tan grave?

LIB. Vamos, hágame usted el favor de acertarlo y con eso me ahorro de explicaciones.

ELENA. Es imposible. (Qué querrá?)

LIB. Yo soy alcalde.

ELENA. Se lo oigo á usted decir todos los dias cuatro ó cinco veces.

LIB. Pago dos mil reales al año de contribucion directa.

ELENA. Me alegro mucho...

LIB. Pues yo, ni pizca

ELENA. Eso prueba que es usted rico.

LIB. Soy ademas, benemérito de la pátria, y puedo llevar una casaca con mi charretera á la izquierda.

ELENA. Estará usted muy guapo.

LIB. (¡Uy, que me requiebra!) Sí señora, y siento no habérmela puesto.

ELENA. Otro dia.

LIB. Soy ademas, viudo.

ELENA. Lo sabia.

LIB. Y elector.

ELENA. Séa enhorabuena.

LIB. Y ex-comandante de la milicia nacional del pueblo.

ELENA. ¡Hola! (Á qué vendrá todo esto?)

LIB. Hombre de buena vida y costumbres, que oigo misa todos los domingos y fiestas de guardar, y me confieso la Pascua florida.

ELENA. Era eso todo lo que usted queria decirme?

LIB. Sí señora... digo... no, no señora.

ELENA. Hay más aún?

LIB. Como que ahora empiezo. Ya sabe usted lo que soy y he sido, ahora... (Soy un borrico, no me atrevo á decirla nada.)

ELENA. Ahora... qué?

LIB. Ahora...

ELENA. No es luego... Ya lo sé, señor don Liborio.

LIB. Es que ahora yo no me atrevo á decirla á usted que la quiero.

ELENA. Cómo!... usted?

LIB. (Ay, qué bárbaro! ya se lo he dicho!)

ELENA. Usted, señor don Liborio?...

LIB. Yo mismo.

ELENA. Já, Já, já. No le creia á usted tan bromista.

LIB. ¿Cómo bromista? Señora, le parece á usted que un alcalde debe andarse con bromas?

ELENA. Pero es de mí, ó de doña Virtudes, de quien está usted enamorado?

LIB. De doña Virtudes? Antes me enamoraria de todos los pecados capitales. Conque vamos: usted me quiere, ¿si ó no?

ELENA. No.

LIB. No?

ELENA. No. Yo soy muy franca.

LIB. Ya lo veo. Pero, juro por la Constitucion del treinta y siete, que nos hemos de ver las caras.

ELENA. Y yo juro por la última, que no sé cuál es, que no vuelve usted á ver la mia como no se reporte.

LIB. Su papá de usted me ha prometido que emparentariamos por medio de un matrimonio.

ELENA. Pues cásese usted con él.

LIB. Jesus!

ELENA. Ó renuncie usted al parentesco.

LIB. Usted pierde á su padre, jóven.

ELENA. Yo?

LIB. Usted no sabe que en el pueblo no hay más autoridad que don Liborio Balbueno?

ELENA. Y qué?

LIB. Que en esta casa se albergan dos reos presuntos de conspiracion contra el Estado; y que por consiguiente su padre de usted es presunto reo de encubridor de conspiradores.

ELENA. En una casa de baños se admite á todo el mundo.

LIB. Eso era en tiempo del gobierno absoluto, nosotros los liberales lo hemos arreglado de otro modo.

ELENA. Bien, pues usted se entenderá.

LIB. Yo lo creo que me entiendo.

ELENA. Adios. (Volveré pronto por si viene Eduardo.)

LIB. Conque guerra á muerte?

ELENA. Como usted quiera.

LIB. Voy á tratarlos á ustedes como si fueran moros. (Váse Elena por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII.

D. LIBORIO, á poco D. BLAS.

LIB. Vaya con la niña! No me esperaba un no tan redondo. Despreciar al gobierno!... Porque yo aquí soy el gobierno. En todas partes se hace sentir la influencia de las ideas socialistas.

Carta

Foro

BLAS. (Por el foro con una carta en la mano.) Señor don Liborio!

LIB. Déjeme usted.

BLAS. Señor alcalde!

LIB. No quiero oir á nadie.

BLAS. (Qué le habrá pasado?) Pero yerno?. .

LIB. Yo no soy yerno, yo soy una culebra de cascabel, un animal dañino.

BLAS. Es que ha llegado el correo.

LIB. Pues que vuelva á marcharse.

BLAS. Y ha traido cartas.

LIB. Que se las paguen.

BLAS. Yo he recogido una de ellas.

LIB. Á mí no me importa.

BLAS. Es para don Eduardo Ramirez: viene de Madrid.

LIB. Ah... Eso es otra cosa. Venga esa carta. Yo debo dominar mis sentimientos para cumplir con mi deber. (Toma la carta de manos de D. Blas.)

BLAS. Ahora vamos á descubrir el misterio de esos jóvenes.

LIB. Leamos. (Se pone las gafas y lee con dificultad.) «Querido »Eduardo, he recibido vuestra apreciable y veo seguis »buenos y contentos en ese pueblo. En cuanto á lo que »me decis de vuestra obra, no puedo menos de aplau»dir vuestra perseverancia en ese plan.» (Declamando.) Ah infames! (Leyendo.) «En ese plan que ha de condu»ciros al templo de la gloria. Lo de la sublevacion me »parece un recurso de buen efecto, y solamente creo »oportuno aconsejaros que no mateis al alcaide.» (Declamando.) Qué leo! Señor don Blas, sosténgame usted porque voy á desmayarme, y un comandante de la Milicia...

BLAS. Sosiégate, Liborio.

LIB. Sosegarme! Eso es más fácil de decir que de hacer.

BLAS. Continúa leyendo.

LIB. No me tutee usted, porque vuelvo á ser alcalde.

BLAS. Corriente.

LIB. Ya no soy yerno. (Leyendo.) «Me parece que puesto que el »tal es hombre de brios, y no se dejará robar su dama »en sus barbas, debeis hacer que le den un narcótico, »para que no pueda servir de estorbo, y maniatando »al padre...» (Declamando.) Esto va con usted.

BLAS. Conmigo?

LIB. (Leyendo.) «Los partidarios del duque roban á la mu»chacha sin ninguna dificultad, puesto que ella se de»jará robar de muy buen grado.»

BLAS. Ah infame!

LIB. (Leyendo) «Creo inútil deciros que si necesitais de mi »ayuda podeis disponer siempre de vuestro leal amigo »Cárlos.» (Declamando.) Eso es... Aún se ofrece él: sin duda querrá venir á darme el narcótico. Este debe ser algun boticario.

BLAS. Don Liborio me ha dejado confundido.

LIB. Qué tal la alhajita de Elena? De acuerdo en dejarse robar por los partidarios del duque.

BLAS. Pero qué duque es ese?

LIB. Qué sé yo?

BLAS. El duque de Wellington no puede ser, porque se murió hace muchos años.

LIB. Pues será otro cualquiera. Aquí lo importante es que se trata de asesinarme, de robar á Elena y de atar á usted de piés y manos, sin contar con algunos palos que sin duda le darán para memoria.

BLAS. Estoy admirado.

LIB. No en balde la señorita acaba de darme las calabazas más grandes que se dan á cristiano.

BLAS. Y qué hacemos?

LIB. Qué hacemos? Por de pronto yo voy á reunir toda la fuerza armada del pueblo. Un alguacil, un sereno y un guarda de campo: total tres hombres.

BLAS. Eso ya es algo.

LIB. Poco, sin embargo, para prender á esos malvados, que acaso tengan pistolas de quince tiros y estén dispuestos á hacer resistencia.

BLAS. Puede usted armar á todos los mozos del pueblo.

LIB. Es verdad. Echaré una quinta extraordinaria. Los reuniré á todos, y pronto vuelvo aquí á dar la batalla.

BLAS. Hasta luego.

LIB. Hombre, yo queria prender tambien á usted; pero como por esta carta me he persuadido de su inocencia, le dejo en libertad. Para que vea usted si soy justo.

BLAS. Muchas gracias.

LIB. Adios. De esta hecha, ó muero cumpliendo con mi de-

ber, ó me calzo la gran cruz de Cárlos tercero. (Sale por el foro.)

ESCENA IX.

D. BLAS, DOÑA VIRTUDES.

VIRT. Señor doctor!...
BLAS. Señora!...
VIRT. Está usted pensativo.
BLAS. No me faltan razones para ello.
VIRT. Yo quisiera consultar á usted...
BLAS. Qué tiene usted? Á ver el pulso.
VIRT. Estoy muy atacada de los nervios...
BLAS. Una taza de tila.
VIRT. Temo que no baste.
BLAS. Un puchero.
VIRT. Acaso sea insuficiente.
BLAS. Pues tómese usted una tinaja. (Qué pesada es esta mujer.)
VIRT. Mi enfermedad es más bien moral, que física... aunque acaso tenga más de física que de moral.
BLAS. En qué quedamos?
VIRT. Ya ve usted, las jóvenes nos hallamos en una situacion tan crítica...
BLAS. Mucho!
VIRT. (Aunque viejo, está bien conservado.) (Pausa.) Qué decia usted?
BLAS. Señora, yo no he desplegado mis labios.
VIRT. Usted creo que es viudo?
BLAS. Sí, señora.
VIRT. Yo tambien lloro al compañero de mi dicha. Cómo se llamaba su esposa de usted?
BLAS. Cuál de ellas?
VIRT. Pues con cuántas ha estado usted casado?
BLAS. Con seis. Le parecen á usted pocas?
VIRT. Nada de eso. (Pausa.)

BLAS. Yo me he empeñado en ser marido, y la Providencia se ha empeñado en que no lo sea. Todas mis mujeres han enfermado ántes de año de matrimonio, y como yo soy médico...

VIRT. Usted las ha curado?

BLAS. Radicalmente.

VIRT. (Este hombre es peor que el cólera.) Y piensa usted en elegir una sétima compañera?

BLAS. Sí señora... más de una vez he pensado en ello...

VIRT. (Si me atrevo con él, soy una heroina.)

BLAS. Mire usted, yo me he casado siempre por curiosidad, por estudiar á las mujeres.

VIRT. Y ha sacado usted en límpio?

BLAS. Que mi primera mujer tenia un génio insoportable, que la segunda era murmuradora como ella misma, la tercera poetisa y holgazana, la cuarta un poco alegrilla de cabeza, de ella tuve á mi Elena; la quinta aficionada al tabaco y á jugar á la banca, y la sexta malgastadora y amiga de divertirse...

VIRT. De modo que no ha sido usted feliz en ninguno de sus matrimonios?

BLAS. No señora, y por eso quiero ver si logro para el sétimo hallar una mujer perfecta.

VIRT. Muy bien pensado.

BLAS. (No es maleja esta viudita. Algo dura de huesos, pero no importa: lo único que me falta es estar casado con una mujer de pergamino.)

VIRT. Qué piensa usted?

BLAS. Estaba pensando, que si usted quisiera ser mi sétima compañera...

VIRT. Don Blas...

BLAS. Nada... se la curaban á usted esas enfermedades que no sabe explicar, y que la obligan á venir á esta casa de baños.

VIRT. Respete usted mi inocencia.

BLAS. Acomoda ó no?

VIRT. Tan de pronto...

BLAS. Yo no me ando para estas cosas con repulgos de empanada. Tengo ya tal costumbre, que nada... al momento me voy al bulto.

VIRT. Usted es sumamente simpático.

BLAS. Adelante.

VIRT. Yo aprecio sus buenas cualidades.

BLAS. Al grano, al grano.

VIRT. Es usted muy malo...

BLAS. Señora, ahora sale usted con eso?

VIRT. Y yo no puedo resistir á tantas seducciones... Soy tuya, Blasito. (Se echa en brazos de D. Blas.)

BLAS. Gracias á Dios.

ESCENA X.

DICHOS, EDUARDO, ENRIQUE.

EDUAR. Y ENR. Já, já, já.

VIRT. (Separándose de D. Blás apresuradamente.) Ellos!

EDUAR. Estorbamos?

BLAS. Señores... el amor al prójimo está prescrito en el decálogo.

ENR. Oh! *Mon dieu*! Con el decálogo sale ahora.

VIRT. Y tiene razon... (Á D. Blas.) Dígame usted, don Blás: ¿qué es el decálogo?

BLAS. Los mandamientos de Dios; señora.

VIRT. Toma!... pues por qué no habla usted en castellano?

EDUAR. Conque el amor al prójimo, señor don Blás, eh?

BLAS. Sí por cierto. Al prójimo, ó á la prójima... Dios no hizo distincion de sexos.

ENR. Es verdad.

VIRT. Ademas, que el señor va á ser mi esposo, mi segundo esposo.

EDUAR. Cómo! se casa usted, doctor?

BLAS. Doña Virtudes va á ser mi sétima mujer.

ENR. Qué atrocidad! No doy mi enhorabuena á ninguno de los dos...

EDUAR. Enrique!...

ENR. Y me obligo á mantener la prole.

VIRT. Vámonos de aquí, Blasito, que no puedo tolerar el humor de estos caballeritos.

BLAS. Vamos.

VIRT. Adios, señores. (Se apoya en el brazo de D. Blas, y salen por la primera puerta izquierda.)

ENR. Cuidado, señores. El fuego de las pasiones es en los jóvenes muy peligroso.

ESCENA XI.

EDUARDO, ENRIQUE, despues ELENA.

EDUAR. No has debido burlarte de ellos: sabes que amo á Elena, y me conviene no disgustar á su padre.

ENR. Su padre se dará por muy contento con que te cases con la chica, aunque yo haga de él más caricaturas que ha publicado el *Charivary* desde su fundacion.

EDUAR. Sin embargo, estas gentes son muy suspicaces y podrias darme un disgusto.

ENR. En contando con el amor de tu Fílis, qué te importa lo demas? Nada: tú serás el Páris de esta moderna Elena. Te compadezco.

EDUAR. Enrique...

ENR. Ya sabes que yo compadezco á todos los que se casan...

EDUAR. Pero hombre...

ENR. Nada, al ver á uno contraer matrimonio, si es amigo mio, derramo una lágrima á su memoria y, digo parodiando á Victor Hugo: tuvo un fin trágico, se casó.

EDUAR. Espero que delante de Elena no dirás una palabra...

ENR. No temas... Procuraré contenerme.

EDUAR. Ella viene.

ENR. No os estorbo... Me haré el distraido.

ELENA. (Que ha salido por la segunda puerta de la izquierda.) Buenos dias.

EDUAR. Buenos, Elena mia.

ENR. Á los piés de usted. (Se retira al forillo, donde permanece

paseándose y taranteando de cuando en cuando hasta el fin de la escena.)

ELENA. Estoy muy incomodada con usted.

EDUAR. Mucho?

ELENA. Sí señor.

EDUAR. Y por qué?

ELENA. Le parece á usted bien, estarse paseando toda la mañana sin acordarse de mí?

EDUAR. Elena!

ELENA. Ya sabe usted que soy muy exigente.

EDUAR. No tanto como linda.

ELENA. Una flor no es una respuesta.

EDUAR. Qué quiere usted que le diga? Confieso mi pecado, hago propósito de enmienda, y espero que en gracia de mi amor no me negará usted su perdon.

ELENA. Concedido. Pero cuidado con otra.

EDUAR. Ah! Gracias.

ENR. (Cantando.) Que viene el enemigo!
Loqueros... acudid!

ESCENA XII.

DICHOS, D. BLAS.

BLAS. (Aquí mi hija!) Elena!

ELENA. Papá.

BLAS. Acércate aquí. (Con los conspiradores!)

ELENA. Está usted pálido!

BLAS. Tengo motivos para ello.

ENR. (Á Eduardo, que estará al otro lado.) Chico, no me parece que está de buen humor tu papá suegro.

BLAS. Conque quereis maniatarme?

ELENA. Nosotros?

BLAS. Sí, sí, hazte la inocente. Desgraciada!

ELENA. Pero papá, no entiendo una palabra.

BLAS. Asesinar al alcalde, provocar una sublevacion, maniatar á su padre y huir en el tumulto con los partidarios del duque!

ELENA. Es alguna comedia eso que me está usted contando?

BLAS. No es comedia sino tragedia, y tragedia horrible, espeluznante.

EDUAR. Parece que está incomodado.

ENR. Dí más bien hidrofóbico.

EDUAR. Habrá reñido con su Dulcinea?

ENR. Es posible.

BLAS. Pero ya pagareis bien pronto vuestro crímen.

ELENA. Qué crímen?

BLAS. Ya, ya te ajustarán las cuentas, lo mismo que á esos caballeritos.

ENR. (Acercándose.) Habla usted de nosotros?

BLAS. De ustedes mismos.

EDUAR. Qué motivo?...

BLAS. Lo sé todo.

ENR. Todo?

BLAS. Sí, el alcalde tambien lo sabe.

EDUAR. Ah! comprendo. Puesto que usted no ignora mi amor. yo le pido su mano.

BLAS. Mi mano? Nunca.

ENR. No su mano de usted, sino la de Elena.

BLAS. Me la pide? Y para?... Tiene usted más que aguardar á que vengan los partidarios del duque?

ELENA. Si estará loco mi padre?

ENR. Es posible. Trata de casarse con doña Virtudes.

ELENA. Qué oigo!

BLAS. Señores, basta de bromas. Ya saben ustedes que su plan está descubierto, y por consiguiente... (Aparece D. Liborio en la puerta del foro vestido de subteniente veterano, y seguido de algunos mozos del pueblo armados de escopetas, palos, etc.)

LIB. Dense todos á prision.

ESCENA XIII.

DICHOS, D. LIBORIO, MOZOS DEL PUEBLO, luego DOÑA VIRTUDES.

EDUAR. Cómo á prision!

LIB. Sí señor, todos.

BLAS. Todos?

LIB. Menos usted, pues tengo pruebas de su inocencia.

ELENA. Y yo tambien?

LIB. Tambien usted.

ENR. Pero qué causa?...

LIB. Señor mio... Al acusado le toca responder y no preguntar.

ENR. *Oh quel pays!*

LIB. No diga usted frases que nadie entiende, y que pueden muy bien ser una contraseña.

ELENA. Pero de qué se trata?

LIB. Ahora mismo va á descubrirse todo. (*Á los mozos.*) Vosotros guardad bien las puertas, y á la primera señal de evasion haced fuego.

BLAS. Fuego?

LIB. Sí por cierto. (*Á los mozos.*) Una descarga cerrada: lo ois? Apuntad bien, y sobre todo procurad no darme á mí.

BLAS. Ni á mí tampoco.

LIB. Ni al señor tampoco... pero á mí sobre todo.

VIRT. (*Saliendo.*) Qué sucede?

LIB. Entre usted, señora. Viene usted que ni de molde.

VIRT. Qué uniforme es ese?

LIB. Es mi casaca de veterano. Pero silencio. (*Á los mozos.*) Venid aquí. (*Va colocando un mozo á cada puerta: debe procurarse que sobren dos ó tres de ellos.*) Señores: yo alcalde constitucional de esta villa, abrigando sospechas de que se tramaba una conjuracion contra el reposo público del pueblo, he creido conveniente pedir auxilio á la autoridad militar! (*Á los mozos despues de un momento de pausa.*) Aplaudid, brutos.

MOZOS. Bien, bien.

LIB. Como en el pueblo no hay más militar que yo, me he dado auxilio á mí mismo, declarando la poblacion en estado de sitio.

UN MOZO. Aplaudimos?

LIB. Sí, hombre, sí. (Murmullo de aprobacion entre los mozos.)

LIB. Por tanto, como comandante de armas, he dispuesto se proceda á la captura de los delincuentes y se les juzgue en consejo de guerra, presidido por mí y formado por los jefes de la guarnicion.

ELENA. Y quiénes son los jefes de la guarnicion?

LIB. Aquí no hay más guarnicion que yo, por consiguiente yo soy los jefes.

EDUAR. Y los soldados?

LIB. Silencio!

ENR. Pero nosotros somos paisanos y nada tenemos que ver con ese consejo de guerra.

LIB. He dicho que el pueblo está declarado en estado de sitio, y suspensas por consiguíente las garantías constitucionales. Ahora va á formarse el consejo de guerra. Elijan ustedes defensores.

EDUAR. Pero á quién. (Siga la broma.)

LIB. Á los oficiales de la guarnicion.

EDUAR. Es decir, á usted?

LIB. Si ustedes no encuentran otro más de su confianza.

ENR. (Este béstia es capaz de fusilarnos como si tal cosa.)

LIB. (Á los mozos.) Acercad esa mesa. (Acercan una mesa que deberá haber al lado de la puerta del foro. Deben panerla al costado derecho.) Perfectamente. Aquí están los útiles necesarios. (Saca del bolsillo un tintero y un cuadernillo de papel.) Los acusados aquí. (Los coloca á la izquierda.) Usted, don Blas, hará de escribano. (Le hace sentarse junto á la mesa.) Doña Virtudes es el testigo, y vosotros (Á los mozos.) hareis de pueblo. Empieza el juicio. (Á D. Blas.) Escriba usted: don Liborio Balbuena, por la Gracia de Dios, etc... Por cuanto, etc... Hallándome convencido... etc... de que los reos, don Eduardo Ramirez, etc... se hallan convictos y confesos... (D. Blas va escribiendo.)

ENR. Cómo convictos y confesos!

LIB. Sí señor: en cuanto á convictos, yo que soy el fiscal y el defensor, lo estoy de su culpabilidad, y en cuanto á confesos, aunque ustedes no han confesado nada, eso

no importa. (Continúa.) Convictos y confesos del crímen de la alta traicion con conatos de asesinato en la dignísima persona del honrado, leal y bondadoso alcalde de esta villa.

ELENA. (Qué de disparates!)

EDUAR. Ya me canso de semejante farsa.

LIB. Cómo farsa!

EDUAR. Qué es pues, lo que está usted representando? Con qué derecho se nos molesta con esta broma estúpida?

BLAS. Estúpida! Diga usted, señor conspirador, si tengo razon en lo que hago. (Saca la carta que ántes le entregó D. Blas.) Carta canta.

ENR. La carta de Cárlos? (Va á tomarla.)

LIB. Eh! quietas las manos! digan ustedes: (Lee.) «Lo de la sublevacion me parece un recurso de buen efecto, y solamente creo oportuno aconsejaros que no mateis al alcalde.» (Declamando.) Qué tal, señores?

EDUAR. Siga usted, siga usted.

LIB. Hombre, parece que les gusta. (Lee.) «Me parece que puesto que el tal es hombre de brios»—Bien me conoce este pícaro—«y no se dejará robar su dama en sus barbas; debeis darle un narcótico, para que no pueda servir de estorbo, y maniatando al padre, los partidarios del duque roban á la muchacha sin ninguna dificultad, puesto que ella se dejará robar de muy buen grado.»

BLAS. Lo oyes, hija ingrata?

VIRT. Cuando yo decia que no eran cosa buena.

ENR. Calle la sétima mujer del médico!

VIRT. Deslenguado!

BLAS. Yo le llamaria sobrado de lengua.

ELENA. No comprendo nada de lo que pasa. Explíquese usted, Eduardo.

EDUAR. Lo haré al momento: Enrique y yo estamos escribiendo un drama que debe representarse en la próxima temporada; hemos consultado sobre el final á uno de nuestros amigos, y él en esa carta nos da su parecer...

LIB. Pero y lo del alcalde?

ENR. Tranquilícese usted, señor don Liborio: el alcalde que nosotros queriamos matar, se murió hace muchos años.

LIB. En ese caso... (Entrega la carta á Enrique.) Se acabó el consejo. (Á uno de los mozos, que tendrá en la mano la levita, sombrero, y baston de D. Liborio.) Vengan esos chismes. Vuelvo á ser alcalde. (Quitándose el uniforme y poniéndose las prendas ántes citadas.) Levanto el estado de sitio, y vuelven á quedar en toda su fuerza las garantías constitucionales.

EDUAR. Lo celebro infinito.

VIRT. Conque ya se acabó todo?

ENR. No: falta que don Blas, casándose con usted, celebre su sétimo matrimonio.

BLAS. (Pasando al lado de Doña Virtudes.) Con mucho gusto.

VIRT. Ahora le perdono á usted el ser amigo de don Eduardo.

LIB. Ademas, falta tambien que se celebre la boda de Elena...

ENR. Con mi amigo Eduardo Ramirez...

BLAS y LIB. Cómo!

ENR. Sí, con don Eduardo Ramirez, oficial del ministerio de la Gobernacion.

EDUAR. Qué dices?

ENR. La verdad. En esta carta hay á la vuelta una posdata que dice: (Lee.) «En este momento acabo de saber que »por el correo de mañana te será remitido tu despacho »de primer oficial del ministerio.»

LIB. (Quitándose el sombrero.) Á la órden de usía. (Este ya es un jefe.)

EDUAR. Ahora, para mi dicha, sólo falta que el señor don Blas me conceda la mano de Elena, á quien amo apasionadamente.

BLAS. Elena?...

ELENA. Yo tambien le amo, papá.

BLAS. Pues Dios os haga bien casados

VIRT. Amen.

LIB. Estoy por volver á declarar el pueblo en estado de sitio.

ENR. Hombre, no; mejor será que se conforme usted con su suerte y...

LIB. Entiendo.

(Al público.) Pues he suspirado en balde,
para conseguir su amor...
público amigo y señor,
no asesines al Alcalde.

FIN.

Habiendo examinado este juguete, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid, 12 *de Noviembre de* 1862.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DRAMATICAS

DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

EN UN ACTO.

Pobre importuno...
Un tenor, un gallego y un cesante.
Una comedia más.
No mateis al alcalde.
Me conviene esta mujer.
Don Ramon.
El sombrero de mi mujer. [1]
Por una bota.
El sastre del Campillo.
¡El rey ha muerto! ¡viva el rey!
El laurel y la oliva.
La muerte de Cleopatra.
La propiedad es un robo.
Un vago de real órden.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

La piedra de toque.
Marco Spada.
Un dia en el gran mundo.
La mejor joya, el honor.
Los pobres de levita.
La última batalla.
Del enemigo el consejo.
¡Me gustan todas!

---

1 Zarzuela con música de D. Salvador Ruiz.



PUNTOS DE VENTA·

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra..........	Manzano.	Lucena.........	Cabeza.
Albacete........	Ruiz.	Lugo...........	Viuda de Pujol.
Alcoy..........	Martí.	Mahon.........	Vinent.
Algeciras.......	Muro.	Málaga.........	Moya.
Alicante........	Gossart.	Mataró.........	Clavel.
Almeria........	Alvarez.	Murcia.........	Hered. de Andrion
Avila..........	Lopez.	Orense.........	Perez.
Badajoz........	Coronado.	Orihuela........	Martinez Alvarez.
Barcelona......	Cerdá.	Osuna..........	Montero.
Idem...........	Gonart.	Oviedo.........	Martinez.
Bejar..........	Lopez Coron.	Palencia........	Hijos de Gutierrez
Bilbao.........	H. de Delmas.	Palma..........	Gelabert.
Burgos.........	Rodriguez.	Pamplona.......	Rios.
Cáceres........	Jimenez.	Pontevedra......	Buceta Solla y compañia.
Cádiz..........	Verdugo Morillas y compañia.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Cartagena......	Pedreño.	Reus...........	Prius.
Castellon.......	J. Maria de Soto.	Ronda..........	V.ª de Gutierrez.
Ceuta..........	M. G. de la Torre.	Salamanca......	Huebra.
Ciudad-Real.....	Acosta.	San Fernando...	Martinez.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.	Sanlúcar........	Oña.
Córdoba........	Lozano.	Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Coruña.........	Lago.	Santander......	Hernandez.
Cuenca.........	Mariana.	Santiago........	Escribano.
Ecija...........	Giuli.	San Sebastian...	Garralda.
Ferrol..........	Taxonera.	Segorbe........	Gra. Campos.
Figueras.......	Viuda de Bosch.	Segovia.........	Salcedo.
Gerona.........	Dorca.	Sevilla.........	Hijos de Fé.
Gijon..........	Crespo y Cruz.	Soria...........	Rioja.
Granada........	Zamora.	Talavera........	Castro.
Guadalajara.....	Oñana.	Tarragona......	Font.
Habana.........	Charlain y Fernz.	Teruel.........	Baquedano.
Haro...........	Quintana.	Toledo.........	Hernandez.
Huelva.........	Osorno é hijo.	Toro...........	Tejedor.
Huesca.........	Guillen.	Valencia........	I. García.
I. de Puerto-Rico.	J. Mestre.	Valladolid......	Nuevo.
Jaen...........	Idalgo.	Vigo...........	Fernandez Dios.
Jerez...........	Alvarez.	Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Leon...........	Viuda de Miñon.	Vitoria.........	A. Juan.
Lérida.........	Sol.	Ubeda.........	Perez.
Logroño........	Brieba.	Zamora.........	Fuertes.
Lorca..........	Gomez.	Zaragoza........	V. de Heredia.